Apoteosis de Quevedo

1580. 1645

Cuando se habla de genios de la literatura hay nombres que no concitan duda: Cervantes, Shakespeare, Milton, Dante. Y no figura un héroe secreto: Quevedo. En 1960, Borges se preguntaba porqué su nombre era desconocido entre los personajes universales. Este desconocimiento fue desmentido por Francisco Ayala, quien en 1974 exageró que "Aún para aquellos que todo lo ignoran acerca de su obra poética y figura histórica, e incluso que ni siquiera saben leer, su nombre no es desconocido... Desde los Pirineos al estrecho de Magallanes, en toda la extensión del idioma, las gentes analfabetas y los chicos de Escuela se divierten repitiendo de generación en generación los cuentos de Quevedo..." Tal mentira es verdad; Quevedo ha contribuido al idioma con cuentos y juegos de palabras que se han adentrado tanto en la comunidad que se han hecho folclóricos. (el "casamiento de negros", por ejemplo). Sin embargo pocos son los poetas que pueden citarlo con placer y de memoria, como se debe (no por deber y leyéndolo en textos, como académico): quizá el pasatiempo de no leer a los clásicos —tan cultivado hoy— oculte la obra de este maestro. Incrediblemente, su narrativa no es lectura obligatoria en las universidades: tal cosa podría condicionar la opinión de que la literatura española es latamente realista. Pero Quevedo es pura imaginación verbal. Es quizá el escritor más puro de la lengua española: hay en él un trabajo de depuración verbal que se nota tanto que no se nota. Esa esforzada fluidez puede determinar que los divulgadores del ba-

rruco en la narrativa —que creen en lo pesado— nos falsifiquen el periodo: en las antologías, en los ramos, en las enciclopedias, faltan los Sueños, falta el Marco Aurelio, más que el Buscón. El amor y el genio de Quevedo se evidencia en los textos en que descompone, cruza, reamra los sustantivos. (Se burló definitivamente de Góngora y los culteranos que gustaban de el orden de la oración trocar, con el verso: "quien quisiera ser culto en sólo un día/ la jeri —aprenderá— gonza siguiente". Incluso sus aventuras son verbales: se jactó —por ejemplo— de que le diría coja a una reina coja, y efectivamente, le pidió que optara entre dos cosas: "escoja, mi reina, escoja".) Cervantes es un gran escritor por sus ideas, símbolos e historias, más que por sus frasecs a veces confusos. Quevedo es un gran escritor por sus palabras esplendentes. El amor, la muerte, el tiempo, sí, pero más que nada como hechos verbales. Por eso es contradictorio: no se resiste a hacer un buen juego de palabras.

Neruda escribió que García Lorca llegó con su compañía de saltimbanquis a un pueblo español y de sopetón se encontró con la lápida de Francisco de Quevedo y Villegas. El encuentro lo sobrecogió tanto —dice otra versión— que decidió marcharse sin actuar: quizá había visto su destino. Porque la suerte de los grandes escritores es una tumba casi anónima, y la suerte de todos es el olvido. No es así: cada vez que hablamos nuestro idioma estamos recordando, sin saberlo, a Francisco de Quevedo.

Víctor Rojas Farías.

RCF 4572

5687
5687
el Mercurio, Valparaíso, 7-I-1994 p. 39

Apoteosis de Quevedo [artículo] Víctor Rojas Farías.

Libros y documentos

AUTORÍA

Rojas Farías, Víctor

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Apoteosis de Quevedo [artículo] Víctor Rojas Farías.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile